

DEMOSTENES, EL ORADOR DE LA ANTIGÜEDAD

Por JAIME ANGULO G.

(Discurso pronunciado como recipiendario del Centro Literario Rafael María Carrasquilla, del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.)

Señor presidente. Muy dignos socios:

Es costumbre en nuestras academias exigir a los recipiendarios la elaboración de un trabajo que traduzca fielmente un estilo generalmente histórico, pero este protocolo sufre una excepción en los centros literarios, ya que, además del trabajo artístico, deben presentarse también los encantos de la versificación.

El centro literario nos enseña muchas cosas, pero especialmente debe enseñarnos el arte difícil de la compenetración de ideas y nos señala la oratoria; pero como a este género han pertenecido verdaderos genios universales, y grandes estilos clásicos, permitidme que siquiera trate de esbozar la figura luminosa de un maestro, que en el trono de los grandes iniciados ciñó la corona que otros quisieron arrebatarse; es Demóstenes, el gestor admirable de los hechos insignes.

Veloz en la réplica, fulgurante en el ataque, apodíctico en el argumento, sentencioso en la cláusula y arrebatador en el ágora, todo eso y mucho más fue el gran Demóstenes; su prosa era límpida como un espejo, su porte como el de un Hércules adolescente, y su estilo tan variado y florido como aquella tierra griega donde las llanuras de Maratón, de la Beocia y del Lacio alternan con los montes de los dioses y las platerescas ondas de los ríos al deslizarse por las campiñas salpicadas de figuras rocosas; para Demóstenes no importaba que Esquines se elevara hasta el Olimpo en alas de la invectiva, o que

Filipo se encontrara en Macedonia; su físico no era propiamente eucrático, aunque su longanimidad rayaba en delirio; su fuego espiritual y patriótico, ése que anidaba profundamente en su corazón, era la fuerza sentimental que impulsaba las llamas de su oratoria a aparecer en los labios tribunicios, porque "el fuego del centro de la tierra sólo aparece en la cumbre de los volcanes". Allí, en el preciso momento en que su figura por derecho propio se recostó en el solio de la historia universal, la tomó Plutarco y la incrustó con caracteres de bronce en sus "Vidas paralelas", porque Demóstenes significa fuerza, vigor del pueblo.

Y es que Plutarco, al acercarse a los efluvios inmortales de la cultura griega y comprender todas aquellas galas que pueden formar un discurso, todo pensó, menos alabar o cotejar siquiera las intervenciones de Demóstenes en relación con Cicerón, sino simplemente "colegir cuál era el carácter y disposición de cada uno", llamando a lo demás con la frase de Yon, la "fuerza del Delfín en tierra". Al poner frente a frente en las "Vidas paralelas" a Demóstenes y Cicerón, puso también Plutarco el mismo genio creador de ambos, porque juntos habían perdido a sus hijas, habían resistido a tiranos y reyes y los habían vencido y habían perdido la vida en el punto de expirar la libertad de sus coterráneos. Para Demóstenes empezó desde los siete años la dura experiencia de la vida: sus tutores se apropiaron de la mayoría de su patrimonio, cosa que privó al griego de las disciplinas intelectuales y fundamentales de la época; debido a esto y a su débil complexión física, sus compañeros lo llamaron Bátalo y aun Argos, palabras que Plutarco nos explica admirablemente bien en sus bellas páginas de las emulaciones históricas; admirando a Calistrato en el tribunal de la elocuencia, Demóstenes tomó especial predilección por la oratoria, teniendo por maestro a Yseo; aun así, aprendió de memoria las lecciones retóricas de Isócrates y Alcídamente, y empezó ya a litigar con sus tutores, a quienes logró arrebatarse parte de su patrimonio; no obstante, el joven Demóstenes no estaba hecho todavía para la palestra; la confusión en los períodos y la torpeza de su voz lo hicieron pasear melancólico por las avenidas del Pireo e inclinar su frente al peso de un singular abatimiento; la historia lo vio pasear por los estrados subterráneos de un estudio que

él hizo construir, y allí repetía sin cesar fragmentos de Eurípides y Sófocles, intentaba acciones tribunicias, ensayaba discursos, ordenaba argumentos, porque comprendía que la oratoria era la flecha más alta de su arco espiritual. Así, pues, se presentaba ya el orador con la preparación suficiente en los estadios olímpicos, y rebatía a Lamaco Mirreneo; aparecía en las ágoras de Atenas y se enfrentaba a Demades el invencible, "que hablando de pronto, confundía todo el cuidado y prevenciones de Demóstenes", y tenía, como nos dice Plutarco, la osadía tremenda de decir cuando se levantaba Foción el nervioso, para contradecirle: "Ya está ahí el hacha de mis discursos"; sus oraciones eran de una fuerza irresistible y su sátira, tan precisa y mordaz, como que nunca usaba de benevolencia para zaherir a sus contrarios, ni "se dejó cautivar con el oro de Filipo y de Macedonia"; alguna ventaja le llevó a los oradores de su tiempo: a Foción la seguridad, a Demades la sátira convertida en acrimonia, a Esquines el patriotismo; así, mereció "que se le colocara, no al lado de Mirocles, Polieucto o Hipérides, sino más arriba, con Cimón, Tucídides y Pericles."

Como fiscal de los negocios públicos, ninguno le igualó en interés y patriotismo: ya dando valor a las ciudades en su sitio penoso; ora fustigando a los apátridas; ya defendiendo, ora acusando, su vida es digna de un panegírico, aunque no se puede olvidar, como nos lo dicen los historiadores antiguos como Eratóstenes, Demetrio Falereo, Teofrasto, Hermipo y otros, que aun sus errores fueron grandiosos por más grandes que éstos fueran; es cierto que vendió muchos de sus discursos para acusaciones injustas y que aun se le atribuyen dineros de Susa y Ecbatana, pero también es cierto que a él no se le podría decir la frase de Yugurta, "perecerás cuando haya un hombre que te pueda comprar", y que en las acusaciones contra Filipo, en sus procesos de la embajada y la corona, se armó de tanta virtud y rectitud que sus pocas caídas se levantan con soportes de oro y de diamantes. Pero como este genio (entendiéndose por tal como nos dice Zweig citando a Balzac, aquel que en todo instante sabe plasmar en hechos sus pensamientos) es figura cimera de la oratoria universal, es justo que analicemos siquiera parte de sus inigualables intervenciones:

DR. J. RAFAEL MEOZ

OIDOS — NARIZ — GARGANTA — LARINGE

Estudios especiales en París

EX ASISTENTE ADJUNTO DEL

HOSPITAL BOUCICAUT

CONSULTAS: 2½ a 4 p. m.

Bogotá, calle 16 número 8-95 — Teléfono 52-58.

CUELLAR, SERRANO, GOMEZ

ARQUITECTOS — INGENIEROS

Carrera 9ª N° 13-71, 3º y 4º pisos

Teléfono 9614

Miembros de la Sociedad Colombiana
de Arquitectos.

BALANZAS
FILIZOLA

Para Hospitales

Para Médicos

Para Niños

ALMACEN AMERICA

Carrera 7ª N° 21-63

Teléfono N° 1561

BOGOTA

VITA-ZOO

significa aumento de peso en sus ganados de engorde,
aumento de leche en sus hatos y de huevos en sus aves
de corral.



LABORATORIOS TROPICALES

Apartado aéreo 3977; nacional, 1078. Teléfono 2079.

BOGOTA.

Su primera Filípica vino luego que Filipo hubo sido rechazado en las Termópilas y a pesar de lo cual, muchos ciudadanos de Atenas se habían sumido en la desconfianza; la mayoría de los retóricos se basan en la distribución que hace el profesor y decano de la Facultad de Letras de Dijón, Stievenart, del discurso de Demóstenes, en tres proposiciones principales: "1. Los atenienses, pueden vencer a Filipo. 2. ¿Cómo pueden vencerlo? 3. ¿Deben intentar esta empresa?, proposición hábilmente fundada en las dos primeras."

La primera proposición traduce sintéticamente parte del exordio de Demóstenes que puede compendiarse: "Quizá alguno de vosotros, pensando en el numeroso ejército de que Filipo dispone, y en todas las fortalezas que ha usurpado a la república, lo creará difícil de vencer; esto es cierto", y esta cláusula la confirma con otra poderosa, en la que señala medios estratégicos; después de referirse al modo técnico de la expedición, dice: "Tales son, ¡oh atenienses!, los recursos que podemos encontrar. Después que una opinión haya obtenido mayoría, que la ejecución de las medidas adoptadas se vote también, a fin de no guerrear más contra Filipo a golpes de decretos y mensajes, sino con la espada en la mano"; arremete luego contra la inconveniencia de los ejércitos mercenarios y expresa que un ejército debe ser de patriotas, a fin de que pueda vigilar convenientemente a sus generales; después de trazar normas, leer documentos y disponer planes, termina así: "Dichoso si estuviese cierto de que es tan útil al orador el ofreceros los mejores consejos, como a vosotros el seguirlos. ¡Cuánto más dulce habría sido mi tarea! Ignoro las consecuencias que me traerán los que os he dado; pero, ¡no importa! Persuadido de que vuestro provecho está en seguirlos, no he vacilado en hablar. ¡Ojalá prevalezca la opinión que deba salvarnos a todos!"

Esta Filípica no obtuvo mayor entusiasmo en las muchedumbres atenienses, pues solamente el ataque del rival los despertaría; sin embargo, Demóstenes, al año siguiente reanuda su ofensiva contra el monarca macedónico, sin pedir primero en favor de los Rodios, pues en esta isla formidable se verificaba un cambio fundamental: el partido demócrata era sustituido por una oligarquía atroz; los oprimidos solicitan el apoyo a los atenienses, pero Stievenart nos di-

ce, citando a Bartelemy y a Jacobs, el traductor alemán, que el primero opina que los atenienses no oyeron a los Rodios y el segundo no se atreve a afirmar nada. En todo caso, Demóstenes en esta ocasión se revela formidable y en páginas inmortales como las estatuas y las liras, clamaba en estos términos:

“Opino, pues, porque toméis con energía la defensa de los Rodios; porque os conduzcáis de una manera digna de Atenas. Observo que oís con placer el elogio de vuestros antepasados y contempláis con gozo sus hazañas y sus trofeos. Pero pensad que han erigido estos trofeos para inspiraros, no una admiración estéril, sino el deseo de imitar las virtudes de los héroes.” La segunda Filípica se puede llamar perfectamente la primera Olintiana; Filipo reanudaba, dos años más tarde, su agresión: obtuvo ventajas en Laconia y tomó a Faros; en La Eubea, sin embargo, fue detenido por Foción, pasando más bien al Helesponto y dominando, entre otras, a Stagira y Gera; su plan inmediato era la ocupación de Olinto; Démades, el rival de Demóstenes, rechaza todo auxilio a esta ciudad y Demóstenes entonces lanza su primera Olintiana, en ataques tremendos contra Filipo:

“No, no puede fundarse un poder duradero sobre la iniquidad, el perjurio y la mentira; estos indignos medios se sostendrán, por acaso, una vez, un momento, y hasta prometerán el porvenir más floreciente: pero el tiempo los detiene en sus furtivos progresos y al fin se desploman y aplastan a sí mismos. Como en un edificio o en un buque las partes inferiores deben ser más sólidas, así la justicia y la verdad deben ser el fundamento de la política. Pero hasta el presente, esta base ha faltado a todas las empresas de Filipo.”

La tercera y cuarta Filípicas son pronunciadas en circunstancias especiales: talvez Labinius es el que mejor nos las describe, pero en todo caso se deben a que el pueblo ateniense, embriagado con algunas victorias parciales, pensaba atacar a Filipo para desbandarse luego; Demóstenes, entonces, les dice: “¡Tratáis ahora de castigar a Filipo! ¡Pensad más bien en salvar a vuestros aliados!” Es sabido que en esta ocasión Olinto, nuevamente amenazado, pedía nuevamente refuerzos:

En la cuarta Filípica o tercera Olintiana aboga últimamente en favor de Olinto, rechazando los planes de Eúbulo y Démades.

En la quinta Filípica o discurso sobre la paz, Demóstenes pedía una solución generosa para el mantenimiento de la paz, al mismo tiempo que Isócrates, ya octogenario, enviaba un discurso al rey de Macedonia pidiéndole que pacificara a Grecia.

La sexta y octava Filípicas o discurso sobre el Quersoneso, casi no se conocen, y por consiguiente, no me haré largo en relatarlas.

Su proceso de la embajada es netamente una acusación contra Esquines, y el famoso “Discurso de la Corona” merecería la pena enmarcarlo como una de las mejores piezas oratorias que se hayan escrito, no tanto por su versificación como por su fuerza y su justicia. Demóstenes, cumplidor de su deber para con la república, merecía, según las leyes, recibir una corona a sus esfuerzos; Ctesifonte propuso por medio de un decreto se le diera “en recompensa de su virtud y de los servicios prestados a la república ateniense”, y Esquines acusó a Ctesifonte de querer dar la corona a un ciudadano que todavía no había rendido cuentas; mientras tanto, dueño era del Asia y el pueblo de la Grecia entera acudía a solemnizar la lucha de estos dos titanes: Esquines y Demóstenes: “Los dos adversarios (dice Stievenart), se dirigen los más innobles insultos y las más graves imputaciones”; “invocan atrevidamente a algunos testigos, al pueblo entero, y aun recurren a los archivos del Estado”. Pero el odio implacable de Esquines contra Demóstenes justifica las explosiones de cólera de éste, “más justas y fundadas que en su adversario”.

Mr. Villemain, citado por Stievenart, nos dice: “En el discurso por la corona el interés de una lucha personal y el choque de dos adversarios está ennoblecido por la grandeza de los recuerdos políticos; todos los efectos oratorios de la tribuna y del foro se reúnen a la vez; ¡Atenas aparece siempre entre el acusador y el acusado, y la patria es el asunto del combate!” Tal sería la elocuencia de Demóstenes que obtuvo tres triunfos: en primer lugar, obtuvo por una inmensa mayoría la absolución de Ctesifonte; en segundo término, alcanzó la regia corona, “la más preciosa de todas por lo mismo que había sido la más disputada”, y por último, obligó a Esquines a retirarse a Rodas, donde fundó una escuela de elocuencia, y al decir de Stievenart, tuvo el singular valor de comenzar sus lecciones por la lectura de los discursos sobre la corona. Cuando concluyó de leer

el suyo, los oyentes exclamaron admirados: "¿Y cómo has podido sucumbir con esa arenga?" "Escuchad, les dijo, y se puso a declamar la de Demóstenes; interrumpido por los aplausos, exclamó, a su vez: "¡Qué sería si lo hubiéseis oído a él mismo!"

Sin embargo, para Demóstenes llegaba ya el momento crucial: su persona había experimentado el proceso psicológico de que nos hablara algún día Solón; para su fama tenía ya hecho el pedestal; sólo faltaba que la historia cogiera su figura y la consagrara en mármoles de Paros al compás del buril de Praxiteles; su muerte, envenenado por su propia cuenta antes de entregarse al traidor Arquías, es el dulce despertar de su inmortalidad y en el pedestal de su monumento bronceo se lee esta inscripción:

Si hubiera en ti, Demóstenes, podido
el valor competir con el ingenio,
no habría el macedón mandado en Grecia.

"Era el día 16 del mes Puanepsión, el más lúgubre de la fiesta de Ceres, en el que las mujeres ayunan en honor de la diosa sin salir de su templo", y la muerte consagraba a la inmortalidad al genio de los sistemas universales: Demóstenes, el vigor de una república extinguida.

He dicho.

ELOGIO DEL GRAN MARISCAL ANTONIO JOSE DE SUCRE

Por HERNANDO RIVAS IRIGOYEN

I

Cuando con la deliciosa ingenuidad de los primeros años asistimos a la enseñanza elemental de nuestra historia nacional y recibimos poco a poco —y de manera generalísima— los retazos de nuestra magna epopeya libertadora, la vida de nuestros próceres va tomando cuerpo en nuestro candoroso intelecto. Ceñidos a la concepción rudimentaria del mundo e impregnados por esa mitología infantil, tendemos a idealizar, a convertir en héroes las figuras esencialmente humanas de los hombres que intervinieron en la gloriosa gesta emancipadora. Quisiéramos verlos entonces sin las flaquezas inherentes a su naturaleza y a los errores en que forzosamente tuvieron que incurrir. Así, a medida que se nos vierten sus biografías, a unos los vemos engrandecer como una flamante espuma pero en anotándose una sola de sus inevitables caídas, el héroe se nos derrumba y su culto presto se nos desvanece. Contemplamos así esa larga película por la que desfilan en tela de juicio los nombres de Santander, Córdoba, Soublette y aun nos atreveríamos a afirmar, el mismo Bolívar; en todos ellos encontramos algo que no nos convence en definitiva; que no encaja en nuestra idealización; en suma, que es incompatible con la immaculada cristalización que deseamos forjar. A éste sólo una cosa nos lo desmerece; aquél desciende del pedestal a causa de tal actuación injusta y así... así... como es lógico, van apareciendo y desapareciendo nombres ilustres de los cuales —aunque apasionados por algunos de sus gloriosos hechos— no nos atraen en la parábola total de sus vidas. ¡Qué le vamos a hacer!... La juventud primera es difícil de contentar con ésa su manera preconcebida de enfocar los hechos del cosmos de acuerdo con sus cuentos infan-

